

## La isla

Iván A. Ulloa Bustinza

“El trabajo es lo más importante”, “Me absorbieron mis problemas”, “Me dejé llevar” y otras frases por estilo eran las justificaciones habituales de Pascual, quien jamás se atrevió a ser sincero consigo mismo, y mucho menos con los demás.

En algún momento, Lucía lo había intentado de veras. Pero sus aproximaciones, cargadas de perfume, ungüentos y ropa interior roji-negra, con velitas y aromaterapia, no dieron resultado. Pascual era de piedra. Para Lucía, sólo había dos respuestas posibles: o bien Pascual se había cansado de ella después de cuatro años de relación, o bien el trabajo lo tenía completamente bloqueado y era presa del estrés.

Una noche, después de intentarlo todo, siendo rechazada por un más que tópico “me duele la cabeza”, decidió tomar las de Villadiego. “Ahí te quedas”, pensó, mientras los ronquidos de Pascual servían como banda sonora para su despedida. Casi rompe las bisagras de la puerta con una patada, pero estaba segura de que Pascual ni se había despertado.

Pascual se levantó y, al notar la ausencia de su mujer en el piso, no tuvo demasiado tiempo para pensar qué había sucedido. Preparó el café como todas las mañanas y leyó

dos o tres artículos en internet. Se vistió y se puso la corbata, se engominó el pelo y comprobó que tenía la cartera y el teléfono móvil. Agarró las llaves del coche y bajó al garaje. Le esperaba otro día de llamadas telefónicas y reuniones intempestivas. Seguramente, cuando regresase, Lucía tendría la comida lista.

Lucía no apareció esa noche ni las siguientes. Las ropas se amontonaban, la suciedad comenzaba a ser visible y había substituido su dieta mediterránea, de ensaladas y vegetales durante la semana, y pescado o carne sábados y domingos, por comida precocinada. Pensó en todo esto al quinto día de su desaparición, mientras esperaba la llegada de una pizza pepperoni doble de queso y con aceitunas.

La tarde del sábado, aprovechando que era fin de semana, decidió empezar a buscarla. Movilizó todos sus contactos pero no pudo encontrarla. Cada llamada supuso para él un aguijón en el costado, pues ante la sorpresa de amigos y familiares, tenía que reconocer que no sabía dónde estaba Lucía, haciendo pública la ruptura. Después de una larga lista de llamadas, Catalina no le dejó hablar:

— Mira cabrón, no sé lo que le has hecho a Lucía, pero esta vez la has cagado. No quiere verte ni en pintura, así que déjala en paz si no quieres que te ponga una denuncia por acoso.

Y le colgó. Sin embargo, Pascual comenzó un asedio de mensajes bastante lacrimógenos con la esperanza de que la dura Catalina le mostrase a Lucía alguna de aquellas claras muestras de arrepentimiento, aunque sólo fuese para reírse de él.

La estrategia pareció tener efecto. Recibió un lacónico mensaje de Lucía como una grieta en el muro de silencio que se había erguido entre ellos. Así que, invadido por la emoción, siguió adelante con su plan para redimirse.

Pascual compró en la agencia de viajes siete noches en las Islas Solucas. Aquel lugar tenía para Lucía una significación especial. De niña las había visitado dos o tres veces con sus padres, cuando estos, sin abandonar todavía ciertas veleidades hippies, ya podían permitirse unas vacaciones en la otra punta del país. Las islas, con sus playas vírgenes y sus agradables rutas de senderismo se le ofrecían a Pascual como el lugar perfecto para desconectar del trabajo y centrarse en reconstruir su maltrecha relación. Lucía, todavía bastante dolida, aceptó a regañadientes.

Pascual se levantó de madrugada. Tenía el cuerpo lleno de picaduras de mosquitos. “Así no hay quien duerma. ¿Por qué no habré elegido un hotel de tres o cuatro estrellas, de esos herméticamente cerrados y con aire acondicionado?”.

En aquellas islas vírgenes no había hoteles y por la agreste vegetación que rodeaba el camping circulaban todo tipo de bichos con su variado repertorio de bufidos, vibraciones, siseos, aullidos, lamentos, carcajadas y, en fin, todo el muestrario de efectos sonoros que a las tres de la madrugada provocan que una mente un tanto fantasiosa se imagine un sinfín de maneras de morir.

Se sorprendió al constatar que Lucía no estaba allí. Abrió la tienda de campaña y dudó unos segundos, pero no dejó que el miedo atenazase sus nervios. Dio unos pasos en dirección a la cantina, cerrada a esas horas, y se detuvo a contemplar el firmamento: millones de cuerpos celestes en la inmensidad de la noche. Fue recordando la noche anterior: cócteles en el quiosco de la playa, conversaciones interminables, bailes desacompañados. Imaginó que se había retirado a tiempo, antes de caer desfallecido en medio de la fiesta, y que probablemente Lucía, que había bebido de una manera más pausada, todavía estaría allá, divirtiéndose.

A lo lejos, detrás de una loma creyó advertir un resplandor y, aguzando los sentidos, escuchó golpes de bongós y algo así como cascabeles, alternados con gritos tribales. Todavía adormecido, decidió adentrarse por la senda que, saliendo del camping, bordeaba la playa y las calas entre grandes peñascos. La luna llena iluminaba la bahía y su larga cola

de seda dejaba ver algún que otro pequeño barco pesquero que parecía levitar.

Le sobresaltaron movimientos bruscos entre la maleza, búhos noctámbulos que lo observaban con sus ojos abiertos como platos, la sirena de las cigarras y otros sonidos que no pudo identificar.

El sendero se adentraba en el interior de la isla, por lugares que solo los campistas más intrépidos, en sus rutas diurnas, se atrevían a recorrer, mientras el grueso de los turistas se limitaba a sentarse en la terraza de la cantina ante grandes jarras de vino con gaseosa y opíparas bandejas de marisco y pescado frito.

Se detuvo ante una bifurcación del sendero: podría aventurarse cerro arriba, en una ruta de varios kilómetros que seguramente desembocaría en un mirador espectacular, con vistas a la cara sur del archipiélago, o bien podía descender por una pendiente en la que la maleza, como una cúpula, no dejaba pasar la luz: opción más asequible para el viajero frugal que se aventura insomne a altas horas de la madrugada. Además, el sonido de los bongós y los cascabeles y el resplandor como de luciérnagas danzantes se adivinaba allá, al fondo, del otro lado del pasadizo vegetal que, como un umbral de verdes guirnaldas, Pascual estaba a punto de cruzar.

De pronto, algo o alguien de formas indefinidas se abalanzó sobre él y entonces despertó bruscamente en la tienda de campaña. A su lado, Lucía dormía profundamente, semidesnuda, con medio cuerpo fuera del saco de dormir.

Lucía había bailado al ritmo de la salsa, en el hexágono de bambúes cubierto de hojas de banana, como si no existiera el pasado ni, mucho menos, un mañana. Hacía tiempo que no sentía algo igual, pero aún no había tenido tiempo de definir aquellas sensaciones, ni pensaba hacerlo en las próximas horas.

Tal vez el tequila, los mojitos, aquella calada de marihuana que le habían ofrecido, el marco incomparable de aquella isla paradisiaca, habían actuado como un reconstituyente mostrándole que la vida siempre podía sorprenderla. Sentía todos los corsés que, desde niña, la hubieron ceñido, de repente cediendo como si una fuerza interior hubiera reventado las costuras.

Bailó y bailó sin preocuparse de que un movimiento brusco dejase a la vista una pantorrilla o una parte de los glúteos y, mientras bailaba, ya no perseguía con la mirada los movimientos de Pascual, cada vez más borracho, deambulando como una sombra por el perímetro de bambúes. Bailó, aferrada a aquel cuerpo bronceado y, horas

más tarde, seguiría recordando la sonrisa sincera, el cabello y la piel dorados por el salitre y el sol, los pectorales tersos y el abdomen vibrante del hombre que la envolvió con un ritmo cadencioso y sensual.

La bajamar la sorprendió con un regusto de saliva con salitre; piel y músculos meciéndose en una hamaca a la sombra de dos cocoteros con el mar susurrando una nana primordial, observando un tatuaje en un hombro que mostraba una mujer desnuda entre las tenazas de una langosta gigante.

Salió de la hamaca con cuidado de no despertar al hombre. Saboreó de nuevo recuerdos fragmentados. Venían entrelazados de sensaciones olfativas, táctiles, visuales. No había culpa, ni tampoco vergüenza. Recogió el fular que había quedado colgado de una rama y, tras encontrar sus sandalias, se dirigió a la playa. Se metió en el agua y fluctuó durante unos minutos intentando no pensar en nada. Después regresó a la tienda de campaña.

La mañana acogió a Pascual con un barullo de chiquillos corriendo alrededor, con bufidos de cafeteras y gritos de gaviotas, mientras el oleaje tejía incansable un vaivén de vibraciones salitrosas. En la terraza del bar, un tipo de barriga prominente y ojos amarillos bebía un gin tonic. Pidió un café con leche y se dispuso a leer el periódico.

No recordaba casi nada de la noche anterior, excepto la llegada al baile y unas cuantas sensaciones que había traído de un sueño extraño en el cual caminaba siguiendo el ritmo de unos bongós obsesivos. Se preguntó si, en el transcurso de la noche, había ocurrido algo de lo podría arrepentirse. La lectura de las noticias, especialmente la sección de economía, lo distrajo.

Cuando llegó Lucía, intentó entablar conversación con cualquier tema casual, pero ella, con sus gafas de sol y el rostro inexpresivo, estaba impenetrable.

— ¿Vaya noche eh? Creo que bebí demasiado. Me parece que acabé con todo el ron del bar. —El silencio de Lucía no mostraba brechas—. Ni siquiera recuerdo cómo volví a la tienda, seguro que fue una odisea. Me imagino que estuve a punto de derribar más de una tienda de campaña... Y tú, ¿A qué horas regresaste?

— Ni siquiera he traído reloj. Pero si te sirve de algo, cuando llegué ya brillaba el sol.

El tono de Lucía confirmaba las peores sospechas de Pascual.

— Yo he tenido un sueño muy raro —dijo cambiando de tema—. Descubría que en la isla existe un lugar mágico que



solo aparece de madrugada, cuando uno se interna en la selva.

— Deberías buscarlo hoy por la noche, tal vez realmente exista... —respondió con cara de pocos amigos, como si ella fuera una turista asediada haciendo escala en un largo viaje y Pascual un desconocido intentando entablar conversación.

— Me parece una buena idea. Tal vez lo haga. Así tú estarás más libre para disfrutar de la bachata y esos ritmos caribeños que tanto te gustan —le reprochó—. Entre lo poco que recuerdo, hay unas imágenes tuyas moviendo las caderas... Estabas preciosa... ¿Bailaste mucho?

— No contigo...

Pascual no quiso continuar por aquel camino. Prefirió cambiar de tema antes de que le hirviese la sangre y hacer alguna tontería de la que luego tendría que arrepentirse. Cerró el periódico y puso su mejor sonrisa.

— ¿Por qué no vamos al quiosco de la playa? Hay una succulenta langosta esperando por nosotros. Además, creo que una piña colada ayudará a abrir el apetito.

Después de comer, Lucía permaneció la mayor parte de la

tarde ausente y ensimismada. Entre baño y baño daba largos paseos por la playa. Después regresaba a las toallas y se tumbaba al sol ignorando por completo a Pascual, que, por aburrimiento, releía una y otra vez aquel ajado periódico. Con el anochecer, el humor de Lucía pareció mejorar un poco. Ya intercambiaba algunas frases con Pascual y un brillo en los ojos sustituyó aquella mole de plomiza inexpresividad que había ostentado a lo largo del día.

Salió a prepararse y cuando regresó estaba radiante. Pascual observaba a Lucía intentando recordar en qué momento había colocado su set de maquillaje en la mochila, y lamentándose por no haber traído suficiente ropa de recambio ni su máquina de afeitar. Él ya se había resignado a aparecer con su traje de baño, las sandalias y una camisa sin mangas. A su lado, Lucía parecía una actriz preparándose para ir a una fiesta privada.

Eligieron una mesa a la sombra de un matorral. Mientras hojeaban el menú, el sol, de un rojo incandescente, se hamacaba en un filamento de nubes como un proyectil tensando las cuerdas de un arco a punto de ser disparado.

Pascual, de espaldas al mar, veía el rostro de Lucía macerado en la luz solar, su cabello rojizo, encrespado por el salitre, desprendía hebras de fuego, y sus ojos verdes

brillaban como gemas.

Le sacó de sus cavilaciones una palmada en el hombro que fue casi dolorosa. Se dio la vuelta instintivamente y el brillo de los dientes de Romero, destacándose en su rostro moreno, le deslumbró.

— Hola tortolitos, ¿disfrutando de la puesta de sol?, —dijo con una sonrisa, mirando fijamente a Lucía mientras estrujaba los trapecios de Pascual en un histriónico masaje. Pascual consiguió zafarse de aquellas manos fornidas y saludó a Romero con una sonrisa descompuesta. Pero Romero, en aquellos momentos solo tenía ojos para Lucía, a quien se acercó lentamente, dándole dos besos y acariciándole la espalda.

La cena transcurrió entre intentos de arrumacos de Pascual aplacados por las frías contestaciones de Lucía que, mientras chupaba las tenazas de una langosta, mantenía la vista fija en Romero. Este, con su habitual camisa sin mangas, correteaba sirviendo las mesas.

El tercer o cuarto mojito vino a servirlo una mujer a quien Lucía saludó llamándola por su nombre.

— Hola Lucía, así que este es tu marido... Pascual, ¿verdad?, como la mantequilla, encantado de conocerte.

— Esta es Rocío, la hermana de Romero –dijo Lucía, como si conociera a la familia de toda la vida.

— El gusto es mío –dijo Pascual sin dejar de sentir el tacto de la mano de Rocío haciendo rulos en su nuca.

— ¿Queréis postre?

Pascual indicó con un gesto que estaba lleno, y percibió que entre Lucía y Rocío existía una complicidad que no se explicaba. Tal vez se habían conocido en la fiesta de la noche anterior. Pensó que su amnesia era peor de lo que creía. Ni que le hubieran puesto somníferos en las copas.

— Bueno, pues si no queréis postres, unos licores. Invita la casa –dijo Rocío guiñándole un ojo.

Al contrario de lo que había decidido, Pascual estaba otra vez borracho y solo en la mesa. Le había gustado tanto el licor que sirvió Rocío, que acabó pidiendo otra botella, la misma que ahora estaba vacía sobre la mesa y comenzaba a mostrar una peligrosa tendencia a desdoblarse ante su mirada turbia.

Miró hacia la improvisada sala de baile y lo que vio no le gustó nada. Tuvo que reprimirse para no montar un escándalo cuando vio la mano de Romero deslizarse

vertiginosamente hasta el trasero de Lucía, quien se dejaba llevar por el ritmo de aquel hombre que parecía llevar la salsa en las venas, y dirigía a su compañera de baile con una habilidad pasmosa, sin importarle lo más mínimo que Pascual, su marido, los observase a unos metros de distancia con cara de pocos amigos.

Pascual estuvo a punto de levantarse y poner el grito en el cielo. En su imaginación de beodo, se veía a sí mismo irrumpiendo en aquella obscena coreografía y soltando dos o tres sopapos. Cogería a Lucía por el brazo y se la llevaría a la tienda por la fuerza. Pero en aquel momento, Rocío se aproximó por detrás.

— ¿Puedo sentarme? —susurró.

— Haz lo que quieras —Pascual, a estas alturas, se sentía víctima de un juego macabro. No perdía de vista a los bailarines, que continuaban su ritual como pájaros frenéticos bajo una luz cenital.

— ¿Quieres dar un paseo? Mi turno ha terminado.

Solo entonces Pascual le prestó atención. Había estado tan embebido en la imagen fluctuante de la pareja que sintió la intromisión de Rocío como una estrategia de despiste.

— ¿Para qué? ¿Quieres alejarme de la escena del crimen?  
—dijo lleno de rencor.

— ¿Prefieres quedarte aquí viendo como se divierten? Si quieres, puedo mostrarte algunos secretos que esta isla guarda.

Pascual dudó unos segundos, pero finalmente accedió a acompañarla. Ella lo tomó de la mano y lo condujo por un sendero. A los pocos minutos dejaron de escuchar la música del quiosco y la imagen de Lucía y Romero comenzó a desdibujarse en su mente alcoholizada. Rocío lo guiaba en la oscuridad, llevándolo como si fuera un niño, y él, mientras caminaban, sentía el candor de su espalda desnuda con dedos temblorosos, que a veces descendían un poco para sentir la parte superior de su traje de baño, allá donde comenzaban los glúteos fibrosos y tersos: aquellas redondeces trabajadas en horas de natación y caminar diario se le antojaron muy diferentes de la flacidez terminal de sus propios músculos, acogotados tras años de vida sedentaria.

— Vamos a darnos un baño, —dijo Rocío exultante, y al pasar una curva apareció ante ellos, como de la nada, una cala paradisíaca, oculta entre las rocas y la selva.

Rocío se quitó la ropa y le ayudó a desnudarse. Pascual

veía su cuerpo al trasluz, ante una luna llena que no había percibido en toda la noche. Detrás de ella, hacia mar abierto, el foco blanco de la luna cintilando sobre la superficie sin olas. Sus pies hendían la suave arena y el polvo de conchas que la conformaba reanimaba los capilares de sus plantas con un leve cosquilleo.

Una vez dentro del agua, se besaron. Pascual sintió ganas de llorar.

Llevaban un tiempo recostados sobre la arena. La intensidad de la luna llena no dejaba ver muchas estrellas. Pascual cayó en la cuenta de que no había pensado en Lucía en todo aquel tiempo. De pronto, escucharon unos bongós, sonido de cascabeles o maracas y algunos gritos.

— Ya ha comenzado —dijo Rocío. Vamos.

— ¿Ya ha comenzado qué? —respondió Pascual sorprendido. ¿Vamos a dónde?

— La feria, en la playa del acantilado. Vamos —dijo Rocío con la mirada fija en la espesura vegetal, y él se quedó prendado del brillo de su cabello, que bajo la luz de la luna tenía un resplandor cobrizo.

— ¿Una feria? ¿A estas horas?

Pero ella ya no lo escuchaba. Seguía, hipnotizada, el ritmo de los bongos. La observó en su loca carrera, y le gritó pidiéndole que se vistiera, pues había dejado la ropa sobre la arena.

No quería perderla en la oscuridad, así que cogió sus ropas y se fue vistiendo torpemente mientras caminaba. Ella, sin preocuparse por las espinas de los arbustos, corría sin mirar atrás.

Pascual percibió que tanto el camino como la música le eran familiares, pero demoró un poco en darse cuenta de que el sendero que recorrían ya lo había caminado en sueños, despertándose justo antes de descubrir el lugar de donde salían aquellos sonidos.

Seguía a Rocío pidiéndole por favor que se detuviese, pero ella no parecía escucharle, hasta que, al final de la pendiente, ésta se detuvo al lado de una roca enorme y él casi la atropella. Levantó la mirada y vio una playa flanqueada por un muro de piedra pulida, donde siglos o tal vez milenios de infernal oleaje habían imprimido caprichosos dibujos. Muchas personas caminaban. Todos estaban desnudos, incluso niños y ancianos. La mayor parte de los hombres tenían el pelo largo y barba, y todos llevaban collares de conchas. Los matorrales y la arena desprendían un brillo dorado, que se quedaba impregnado



a los cuerpos como un aceite protector.

Rocío lo cogió de la mano y pidió que la siguiera. Un anciano de barba blanca y piel muy morena se acercó y empezó a quitarle la ropa. Cuando estuvo completamente desnudo, le puso un collar de conchas y le tocó con dos dedos la frente.

Una niña que le pareció prácticamente albina le ofreció un cuenco con un líquido viscoso y Pascual bebió. Casi instantáneamente vomitó la cena y comenzó a sentir convulsiones. Cayó al suelo con la imagen sonriente de Rocío fija en la memoria, multiplicándose en decenas de frames por segundo con vibraciones que sentía muy adentro, convertido en el disco duro de una cámara digital averiada.

Cuando recobró el conocimiento, estaba en una hamaca, goteando una melaza dorada. Las personas estaban reunidas alrededor de un fuego violeta. Unos metros detrás de la hoguera, el mar ya no estaba calmo, por el contrario, se había levantado un oleaje típico de las mareas vivas de septiembre, pensó Pascual, aunque estaban en agosto. El ritmo de los bongós y las maracas era hipnótico.

Aparecieron entonces Romero y Lucía cogidos de la mano, completamente desnudos a excepción de un largo

velo transparente cuya cola dos niñas agarraban evitando que tocara el suelo. Sobre un húmedo lecho de algas, los dos amantes se gozaron ante la atenta mirada de los presentes. A estas alturas, Pascual ya no sentía celos.

Cuando los amantes terminaron, se abrió un pasillo entre la multitud y Pascual observó horrorizado cómo una langosta gigante, de unos tres metros de altura, salía lentamente del agua. Lucía parecía dormida, pero mantenía los ojos abiertos e inexpresivos. Romero se los cerró con una caricia y se retiró con parsimonia. La enorme langosta se inclinó, agarró el cuerpo extasiado de Lucía con sus tenazas doradas, y empezó a devorarla sin que ella emitiera el mínimo grito de dolor.

Pascual, aterrado, intentó moverse, pero descubrió que su tobillo derecho estaba preso por una argolla de metal.

---

### Iván A. Ulloa Bustinza

Profesor de Español en la Universidad para la Integración Latinoamericana (UNILA) y coordinador del grupo de investigación anexo por el CNPq: Produção de materiais didáticos para o ensino de Espanhol Língua Adicional no contexto da Integração Latino-americana e do Mercosul, que desarrolla una investigación sobre la creación de materiales didáticos enfocando en cuestiones discursivas e interculturales.

